

PRÓLOGO

JUAN MANUEL VIAL

AÑOS ATRÁS, a poco de iniciarme en el ejercicio del periodismo, publiqué en un suplemento cultural chileno cierto artículo referido a *Victorianos eminentes*, el libro con que Lytton Strachey descabezó a toda una era en 1918. El escrito —me temo que no era gran cosa— sólo pretendía la divulgación de una obra clave pero semiolvidada, y al menos daba cuenta en detalle del feroz desenmascaramiento que Strachey, armado con el debido rencor, emprendió en contra de cuatro baluartes de la moral victoriana, cuatro peces gordos y muy bien maquillados por la complacencia de una época hipócrita. Para mi sorpresa, el texto suscitó una réplica (en ese entonces, creía yo, únicamente mi abuela y mi madre tenían la paciencia suficiente para leer las tonteras que escribía). Y de la sorpresa pasé a la inquietud: a la réplica se le otorgaron, por decisión editorial, las mismas dos páginas que poco antes habían servido a la difusión de un libro tan insoslayable como *Victorianos eminentes*. El autor de la respuesta, un colaborador del suplemento que a la distancia, pues nunca lo traté en persona, daba la impresión de ser un alma muy católica, se permitía atacar a Strachey con singular histeria (un poco

enajenada y sobre todo vergonzante, si he de ser preciso), dejando tras de sí, o de sus palabras, un rastrojo de moralina baboso, engolado y homofóbico. La situación, no tengo dudas, habría excitado la curiosidad de Strachey: en 1999, en el insular Chile, país que no en vano era llamado de los ingleses de Sudamérica, aún existía un tarugo capaz de enarbolar en público una trastornada defensa del victorianismo. A Strachey siempre le entretuvo eso de imaginar cómo sería el futuro.

Si por aquel entonces era aceptable que en ese suplemento cultural alguien –un colaborador, un don nadie, un demente, daba igual– intentara echarse al pecho nada menos que a Lytton Strachey, se debía a que, en el fondo, Chile era un país marcado de moretones victorianos. Coincidentemente ningún lector chistó ante el exabrupto del tartufo. No es de extrañar, pues, que la fórmula de comportamiento social que se promovió bajo el extendidísimo reinado de Victoria –la misma hipocresía que condenó a Wilde a una muerte miserable– nos resulte, a los chilenos, sumamente familiar. Las peores tropelías, las agraviantes idioteces, las salvajes felonías las cometen en Chile, bien lo sabemos, los más piadosos, conspicuos y mejor peinados prohombres y curas de la República. Al decapitar en consecutivos sablazos a cuatro modelos de virtud victoriana, sacando a la luz facetas y actitudes ocultadas y a menudo reprobables, Strachey no tan sólo mancilló para siempre el dudoso prestigio de que gozan casi todos los próceres entronizados por la historia oficial –por cualquier historia oficial–, sino que también, para

mayor gloria de su nombre, transformó radicalmente el método de escribir biografías.

Ya en 1912, seis años antes de publicar aquel libro —el más famoso de los suyos—, Strachey rondaba la idea de componer una serie de retratos inspirados en diversos paladines victorianos. En una carta dirigida a su amiga Virginia Woolf, fechada el 8 de noviembre de ese año, le consultaba con un dejo de cinismo: “¿Es el prejuicio, crees tú, el que nos lleva a odiar a los victorianos, o es la verosimilitud del caso? A mí me parecen una banda de torpes vociferadores hipócritas; pero tal vez de verdad exista en ellos un encanto barroco que será descubierto por nuestros tataranietos, tal como nosotros hemos descubierto el encanto de Donne, quien le resultaba intolerable al siglo XVIII. Aunque..., no creo... Me gustaría vivir por otros doscientos años (para ser moderado)”. En el siguiente párrafo agregaba: “La literatura del futuro, lo veo claramente, será alucinante. Al menos dirá la verdad, y será indecente, y cautivante, y romántica, e incluso (luego de cerca de un siglo) estará bien escrita. *Quelle joie!* Vivir en aquellos días, cuando los libros emanarán de las imprentas acabando con toda la basura de Petronio, con toda la locura de Dostoievski, con toda la exageración de *Las mil y una noches* y con toda la exquisitez de Voltaire. Pero no sólo los libros serán entonces encantadores. ¡La gente! ¡Los jovencitos!..., incluso las jovencitas..., pero las vistas son demasiado agitadoras”.

Lytton Strachey (1880-1932) fue miembro fundador de aquel grupo de genios y vividores llamado Bloomsbury en honor al barrio de Londres por el que traqueteaban.

Historiador y crítico educado en Cambridge, dueño de una proverbial barba de profeta hebreo, mordaz, excéntrico y con frecuencia deslenguado, Strachey ofició de oponente fiero y provocador insigne. Escéptico e iluminado fustigador de la moralina fétida que siempre ronda al credo, Lytton fue también un homosexual vistoso, a veces incluso estridente, no obstante haber vivido ese curioso y conmovedor romance con la pintora Dora Carrington. Juntos se mudaron a vivir en 1917, y así permanecieron hasta la muerte de él, ocurrida quince años más tarde. Entremedio, ella se casó con un tipo que les caía bien a ambos, pero su amor, lo que se dice el amor de su vida, fue indudablemente Lytton, con quien incluso llegó a intimar en más de alguna ocasión. (La vida sexual de Strachey se ha prestado para todo tipo de especulaciones; en 2005 se publicó su correspondencia, y según el editor de ésta, Paul Levy, nuestro hombre demostraba ser un tipo singularmente avanzado en lo que a sexo se refiere: “Tal como lo revelan estas cartas, él mantuvo una relación sadomasoquista con el joven que se convirtió en su último amante, Roger Senhouse. Dudo que alguien, a excepción de los dos protagonistas, estuviese al tanto de la naturaleza de su relación: de hecho, incluso Michael Holroyd [el autor de la biografía definitiva de Strachey], quien entrevistó a Senhouse varias veces antes de que éste muriera en 1970, confirma que él no sabía acerca de la mofa de la Crucifixión que ambos orquestaban —un acto que aún en los días sexualmente relajados como los que corren tiene la capacidad de choquear”).

Un par de meses después de que murió Lytton, la inconsolable Dora se suicidó descerrajándose un tiro de escopeta en la misma casa donde había gastado los mejores años de su vida junto a él. La crónica de la relación inspiró una hermosa película; en realidad, es mucho más que eso: es un filme imprescindible y fervorosamente recomendable: *Carrington*, dirigido por Christopher Hampton y protagonizado por Jonathan Pryce y Emma Thompson.

El presente libro contiene once ensayos literarios que Strachey produjo entre los años 1903 y 1928. Llamarlos meramente reseñas –casi todos están escritos a partir de una obra determinada– sería desmerecer su importancia. De partida, Strachey jamás se limita a un solo tema; la divagación intencionada, las conexiones que sorprenden, las dotes de biógrafo implacable, las admisiones personales en cuanto a gustos y procederes son parte de su estilo. Al escribir sobre Matthew Arnold, el crítico victoriano al que detestaba, o acerca de las inauditas corrosiones que ha recibido la poesía de Blake a manos de sucesivos editores; al manifestar una admiración sin límites por Voltaire y desacralizar al venerado doctor Johnson; al desmadejar paso a paso ese tremendo enredo en el que Rousseau se vio envuelto hasta la posteridad, o al presentar, como quien no quiere la cosa, el mejor perfil de Stendhal que jamás haya escrito algún inglés, Strachey deja ver bastante de sí mismo y de esa concepción de mundo tan suya, la cual, hoy en día, no puede sino parecernos misteriosamente afín. Me complace suponer que la selección de los textos, o de perfiles críticos, como perfectamente podrían ser llamados, sea elocuente al

momento de proyectar, a través de su propia sombra en la pared, un retrato bien definido del autor. El remiendo irónico, el ingenio cabalgante, la inteligencia cómplice de Strachey (que nunca abandona a un lector menos capacitado que él), su francofilia, su devoción por Shakespeare, su compromiso con la excentricidad inglesa, su admiración por el siglo XVIII, su desprecio por lo baboso, por lo engolado, por lo estrecho, todo ello se hace patente en estas lecturas.

Originalmente, los textos fueron publicados en tres volúmenes diferentes: *Books and Characters, French and English* (1922), dedicado a un gran amigo y amante ocasional, John Maynard Keynes, el economista resucitado por estos días de caos financiero, con quien Strachey frecuentemente competía a la hora de captar y seducir jovencitos; *Portraits in Miniature and Other Essays* (1931), dedicado a Max Beerbohm; y *Characters and Commentaries*, editado de manera póstuma en 1933. Hasta donde sé, estos ensayos no habían sido traducidos a nuestro idioma. Y hasta donde puedo imaginar, a Lytton Strachey le habría encantado la casualidad de que fuese precisamente en Chile, uno de los últimos bastiones del victorianismo, donde sus magníficos perfiles sean publicados por primera vez en castellano.